

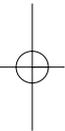


Universidad Nacional
Federico Villarreal
LIMA, PERÚ

“Mi palabra forjará la raza”

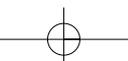
**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
EXCMO. SR. DR. PROF.
ANTONIO BASCONES MARTÍNEZ**
Profesor de la Universidad Complutense de Madrid

**En la toma de posesión como
Doctor Honoris Causa el día 2 de Marzo de 2006**



Diseño y maquetación:
EDICIONES AVANCES

Imprime:
IBERGRAFICAS, S.A.



Quiero en primer lugar agradecer a la Universidad Federico Villarreal, enmarcada en el Sr. Rector y autoridades Académicas, así como al profesorado tanto del claustro como de la Facultad de Odontología, el haberme otorgado la concesión de Doctor Honoris Causa, lo que para mí es de un gran orgullo y mi admiración por este Claustro no va a disminuir por el sólo hecho de que me habéis aceptado a formar parte de vuestra compañía. Espero no haya sido una equivocación dado mis méritos menguados y trataré de ser con toda humildad, acreedor a este preciado galardón.

Quiero en este recorrido del pensamiento hacer unas reflexiones sobre el conocimiento, la cultura y la sabiduría pues son tres términos que en cierto modo podrían superponerse y son a todas luces diferentes en su concepción y desarrollo.

Una pregunta que nos hacemos a veces es que diferencia existe entre el conocimiento, la cultura y la sabiduría, cual es su importancia y cual de ellos es el que procede en cada etapa de la vida, pues esta claro que a lo largo de este largo camino, que siempre se nos hace corto, dependiendo del

momento uno de estos conceptos tienen prioridad sobre los otros.

Podemos definir el conocimiento como aquel conjunto de saberes que adquirimos a lo largo de la vida y que poco a poco van llenando nuestras neuronas, impregnándolas de datos, ideas, conceptos, fechas etc. Es una pléyade de diferentes aspectos adquiridos en la lectura y el estudio; la biblioteca y sus anaqueles han servido para enriquecernos día tras día. Con todo ello hemos ido conformando, modelando lentamente nuestro cerebro, dotándole de un bagaje rico e intenso que con el tiempo deja un poso, la cultura. Ésta no es más ni menos que el conocimiento adquirido con los años que aplicado a nuestro mundo actúa como un armazón intelectual para barruntar y columbrar en forma diferente el mundo que nos rodea. Por otro lado la sabiduría es innovadora y creadora. El sabio crea, el conocedor y el culto exponen y especulan.

La estructura cognitiva del pensamiento humano trata de recoger datos, nociones y conceptos que se aceptan e incorporan en la memoria, con una cierta codificación para ser recuperados en el momento oportuno. Es la materia prima del conocimiento.

El saber utiliza el substrato de los conocimientos pero no de una manera estática sino que los incorpora, analiza, interpreta, relaciona e integra en una red de pensamiento y de una manera dinámica. El hombre que posee una buena carga de conocimientos recibe el nombre de erudito mientras que al que dispone de saberes se le debería llamar sabio.

La sabiduría, sin embargo, es otra cosa, es algo más. Es el conocimiento adquirido con los años, reposado con el tiempo (la cultura) y alambicado en nuestra experiencia per-

sonal para después aplicarlo a la revisión y enjuiciamiento de los diferentes problemas que nos rodean. Personas cultas y con conocimientos no tienen por que ser sabios. Éstos son algo distintos, pues necesitan de una reflexión personal, de una mirada diferente al mundo que nos rodea. Es una condición superior que hace al hombre más sensato en el saber y más justo en lo moral. Por ello la sabiduría no se queda sólo en el saber sino que tiene además una dimensión más importante, su contenido moral.

No existe sabiduría sin conocimiento, aunque lo contrario si puede ser, pues para el conocimiento, solo se necesita el estudio y el esfuerzo personal.

La sabiduría necesita además de un proceso de ensimismamiento profundo, de una manifestación de interiorización reflexiva importante.

El conocimiento sería la impregnación, lo exterior y la sabiduría lo interior, lo ensimismado, lo reflexionado. Esta nos sirve para hacer una revisión de nuestra vida, del conocimiento recorrido y del que queda por recorrer, tomando ejemplo de lo bueno vivido y lo malo rechazado. Con ello lo porvenir tendrá otro enfoque, otra dimensión, más acorde con nuestro pensamiento. La sabiduría se alcanza cuando se dobla el recodo del camino y se lleva la vista atrás. El conocimiento se tiene cuando vemos camino por delante, cuando miramos al horizonte y todavía no hay camino que mirar y si mucho por recorrer. Aquí se puede recordar la famosa frase de Antonio Machado “caminante no hay camino se hace camino al andar”.

Son el conocimiento y la cultura los que nos labran el camino, los que nos marcan el sendero por el que nuestra vida transcurre. Este sendero es un continuo fluir por el que avanzamos con pie más o menos seguro, pero siempre ade-

lante hasta llegar al recodo. Al traspasar este, viene la sabiduría, la reflexión, el intimismo personal.

Lain Entralgo decía “que en la senectud era necesario, para no ser socialmente inútil, el proyecto, el recuerdo y la revisión”. El primero para seguir siendo persona, el segundo para estar cierto de que algo hemos sido, y el tercero para que el resultado del proyecto sea actual. En este pensamiento se encierra una filosofía aplastante y positiva. Si el viejo tiene un proyecto con ilusión, un recuerdo de su vida con prudencia, podría seguir siendo útil en la sociedad en la que vive.

Aquí es donde se plasmaría la sabiduría para que el anciano pueda seguir manteniendo activo el proceso de incorporación de conocimiento y su expresión a través de la boca, proyectándose en los que le rodean. La persona mayor tiene que tener presentes ilusiones, recuerdos y revisiones, en un contexto de bagaje cultural y humanístico, dispuesto a enseñar, transmitir y, por qué no, a partir.

El anciano que tiene la capacidad de sentir asombro y curiosidad sigue siendo útil y por tanto sabio. Esta capacidad de curiosidad puede llegar a un límite que no se sobrepase, a una saturación pero siempre puede aparecer unas ascuas que incendien el deseo de nuevos conocimientos, puede aparecer el destello de una luz que estimule la vida del anciano. El hombre que pierde la capacidad de asombrarse y la curiosidad pierde la vida dijo Simone de Beauvoir. Por ello en el anciano pueden aparecer espontáneamente destellos de asombro y deseos de saber. La vejez aparece cuando los recuerdos pesan más que las ilusiones

La sabiduría se encuentra después de una vida plena y la plenitud de la vida es patrimonio de la vejez. “Vita est longa si plena est” decía Séneca y es que la vida del anciano es un

conjunto de serenidad, sensatez, tolerancia, generosidad, comprensión y aceptación lo que es el entramado necesario para que se incorpore el conocimiento y se llegue a la sabiduría. El viejo sabio posee la capacidad de enseñar lo que se debe hacer más que lo que se puede hacer y como hacerlo. La sociedad actual, tecnológica y del poder, camina hacia la imagen, consumo, prestigio, dinero y con ello pierde su libertad y por tanto su felicidad. Esta sociedad necesita el poder y la imagen del joven olvidándose del viejo, del Maestro como portador no solo de transmisión de conocimientos sino también de saberes y referentes morales. El Maestro pues, no solo debe transmitir sino también presentar un proyecto moral.

Pero la sabiduría necesita de la expresión, de la palabra. Es necesario transmitir el conocimiento, desde la perspectiva de la sabiduría y para esto nada mejor que la palabra reflexiva y prudente. Los sabios griegos la utilizaban en el Ateneo, en los paseos, en las tertulias. La retórica, en su acepción clásica, es el arte del discurso o de la palabra, fraguada en la plaza pública que era el centro neurálgico de la vida social, política comercial y cultural de la sociedad griega. Para los griegos la retórica o el arte de hablar era tan importante que los primeros oradores que se recuerdan eran de Grecia (Isócrates, Lisias, Licurgo, Demóstenes)

El conocimiento que se genera a partir de los imperios egipcios, en la lejana China, en la India, en la Mesopotamia y en la confluencia del Tigris y Eúfrates, llega a Roma y Grecia y a partir de esta influencia y merced a los fenicios en parte, llegan a España. Aquí en los califatos de Córdoba y Toledo, en la Escuela de Traductores de Toledo y gracias a las culturas cristianas, judías y musulmanas se perfila y transmite de nuevo a la Europa central especificadas en la Escuela de Salerno, Bolonia, Padua y los conventos monacales de benedictinos y otras órdenes religiosas. El mundo

es una encrucijada cultural, un encaje de idas y venidas, de ideas, conceptos, descubrimientos y para ello nada mejor que la vieja Europa de cuyo armazón cultural se derivó el conocimiento actual.

Sin embargo justo es reconocer el aporte a la difusión del conocimiento de la cultura incaica con sus carreteras, su gobierno y su sistema de contabilidad. Su complejo método de cuentas y archivo, conocido como el “quipu”, y el desarrollo de la albañilería con la colocación de las piedras que dieron lugar a una arquitectura característica como la que se presenta en la ciudad perdida, el Machu Picchu, significó un punto de partida importante. Es de todos conocido el sistema de riego empleado en la terrazas a lo largo de las montañas que favoreció la conquista del medio ambiente en los Andes, una región de laderas empinadas y de tierra inadecuada para la agricultura. En suma los incas contribuyeron a labrar un poderoso imperio que alcanzó una gran expansión territorial en una época en que Cristóbal Colón iniciaba desde España su viaje a lo desconocido.

La transmisión de estas culturas helenísticas y precolombinas, hoy día se está suplantando por Internet, pero siempre quedará la transmisión del conocimiento por la palabra, en las tertulias; y en ello el sabio, el maestro puede jugar un protagonismo muy importante. El sabio, el hombre de Ciencia no aporta el dato en sí, sino que se involucra con él, con su significación, con el fin que el pensamiento progrese.

Es necesario recuperar la belleza de la palabra a través de la boca, emular a nuestros clásicos en la conversación para con la estética del amor obtener la transmisión del fluir de la amistad. “Os he rogado que vinierais a verme para que tengamos un cambio de impresiones” dijo Hipócrates a sus invitados. Esto es la tertulia con sus efectos positivos en el inte-

lecto y en el cuerpo. Sería la relación médico-paciente, la conversación como medicina. Una buena palabra aplicada en su justo momento, es más efectiva como arma terapéutica que tantas y tantas medicinas de nuestra farmacopea actual. La palabra estimula el contacto psicológico de las personas y esto es así de efectivo tanto en la relación maestro-discípulo como en la del médico-paciente. La excelencia de lo bien realizado debe tener su final en lo bien transmitido.

El sabio cincela la personalidad del discípulo, en él esculpe día a día, retazos de reflexión y conocimientos. Poco a poco va modelando una personalidad basada en el intercambio bidireccional entre el maestro y el discípulo. Al fin y a la postre es un arquitecto del conocimiento, lo crea, lo innova, lo reflexiona y lo transmite. Es dar carta de naturaleza a un simple conocimiento frío y estático para transformarlo en dinámico, pues el conocimiento que no florece y que solo impregna las cosas no es vivo ni creativo. Toda transmisión debe ser dinámica y activa y en ella el sabio es el principal conductor. El conocimiento que se transmite es aquel capaz de impulsar conocimiento.

Es la relación entre el Maestro y el discípulo un nivel más elevado que la relación entre el profesor y el alumno. Este es el docente que influye positivamente en el pensar, el sentir y el hacer del discípulo. La amistad pedagógica que llamaba Platón. El maestro deber ser no sólo fuente de saberes sino también de ejemplos y valores. En el área de la salud el Maestro debe transmitir no solo conocimientos clínicos sino transformarlos en saberes, debe así mismo desarrollar en el discípulo una interpretación holística de la enfermedad, una concepción antropológica del hombre y unos sentimientos hacia el enfermo doliente.

El Maestro debe ser capaz de desarrollar en su discípulo la capacidad de asombro. Asombrado significa attonitus, es

decir golpeado por el trueno. ¿Y no lo fue Fleming al descubrir la penicilina? Asombrarse requiere transitar despacio, mirar alrededor de uno mismo, observar los acontecimientos normales de la vida diaria. En una palabra, pensar, reflexionar y después conversar. Hoy día tenemos la posibilidad de asombrarnos ante todo, el vuelo de una gaviota, el florecer de una rosa, el amanecer en el mar del Caribe y el atardecer en una estepa de África.

La Web es un área virtual que esta suplantando el contacto directo entre el maestro y el alumno. Internet ha superado el ágora griega por la mayor capacidad de difusión del conocimiento, pero sin embargo, no tiene el contacto íntimo y personal bidireccional entre el sabio o maestro y el alumno o discípulo. La expansión del conocimiento entraña el aprendizaje, la exposición a través de libros, conferencias, etc. y el intercambio de ideas que es donde la difusión de este conocimiento alcanza su plenitud. La palabra hablada es en suma el vértice de la pirámide del conocimiento donde el contacto personal configura un intercambio vivo y dinámico. Atenas fue el centro del Arte, Ciencia y cultura atrayendo a todos los pensadores dispersos por el mundo. Allí la cultura se transmitía en un bis a bis, en un enfoque bidireccional y personal.

Con Internet las fronteras del espacio y el tiempo son traspasadas y la cantidad de conocimientos generados y transmitidos es mayor, pero no gozan de la calidad y calidez, porque no decirlo, de la palabra y de la tertulia. En la palabra y en suma en la boca que la conforma, toman cuerpo las expresiones de los pueblos y sus identidades. Con el diálogo y la conversación se desarrollan las famosas tertulias y así son famosas aquellas del café Pombo en Madrid en donde en amable discusión se encontraban Ramón Gómez de la Serna con sus sugerencias, Díaz Cañabate con su finura dialéctica y Alfredo Marquerie que

dotado de un gran conocimiento dialoga con Agustín de Foxá.

Con una buena conversación se pueden mitigar gran parte de los problemas que la humanidad presenta. Solo la lectura, el conocimiento y su emisión hablada, es decir, la palabra, nos solucionará muchos problemas. Un cerebro que no puede proyectarse a través de la boca y la palabra será baldío. “Me niegan el pan y la palabra” dice Blas de Otero como la expresión más intimista y personal del hombre.

La boca y la palabra también ocupan importante referencias poéticas como aquellos versos de Pablo Neruda “Me gustas cuando callas porque estas como ausente, y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca. Parece que los ojos se te hubieran volado y parece que un beso te cerrara la boca” y más tarde añade: “Una palabra entonces, una sonrisa bastan”.

En el viejo todo es silencio, todo recuerdo y la conversación es necesaria para mantenerlo vivo y activo. Morir no es más que un vaso que se vierte, una palabra que se pierde, una mirada que no llega a nadie. Y como decía el poeta Leopoldo de Luis “es un hombre que envejece en su casa. ¿Fue feliz en su vida? será tan sólo un hombre que envejece, / más tuvo la palabra ardiendo entre sus manos”

En esta actividad se realiza el proceso de incorporación de conocimiento y su expresión a través de la boca, proyectándose a los que la rodean. Su sabiduría y conocimiento se expanden en ilusiones presentes, recuerdos y revisiones, en un contexto de bagaje cultural y humanístico, dispuesto a enseñar, transmitir y, por que no, a partir pues como decía Antonio Machado “Y cuando llegue el día del último viaje y esté a partir la nave que nunca ha de tornar, me encontraréis a bordo, ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar”



Aquí pues, en la persona que dobla el recodo del camino, es donde radica la sabiduría, pues en la primera parte de este camino se impregna de conocimiento y cultura, al traspasar este recodo, es cuando surge la plenitud del conocimiento, su excelencia que no es otra cosa que la sabiduría.

He dicho

